

te, lo cual hace que el lector termine por «engolfarse» en la lectura y echarla de menos una vez terminada.

El estudio del profesor Valdeón viene a colmar el vacío que existe en el tema, traza las grandes líneas para la investigación y establece unas hipótesis, entretanto «el desarrollo de nuevos estudios monográficos permitirá, en su día confirmar o rectificar» tales hipótesis. Echa por tierra la idea, según la cual en las tierras hispánicas no se dieron rebeliones populares al igual que en otros países europeos. Y esto es importante, por cuanto la existencia de una oleada de conflictos sociales en los siglos XIV y XV viene a iluminar el movimiento de las Comunidades que ahora aparece no como un hecho sin raíces, sino como la culminación de una serie de luchas populares. No sería, en definitiva, la primera revolución moderna, sino la última revuelta medieval.

Así pues, el ámbito elegido para la investigación es el reino de Castilla que abarca a todas las regiones que lo constituían por diferentes fisonomías que tuvieran las distintas regiones, desde los reinos de Galicia o Murcia, al señorío de Vizcaya. El período analizado es el que corresponde a la crisis general de la sociedad feudal: los siglos XIV y XV. Y el objeto de investigación es el conflicto básico entre señores y campesinos: «En el mundo medieval, basado en las actividades agrarias, el principal antagonismo es el que se plantea entre el grupo dominante, que posee grandes propiedades territoriales y tiene fuerza militar y política, y las amplias capas de cultivadores del suelo, sometidas bajo muy diversas formas.»

Aunque fundamentalmente rurales, los conflictos alcanzaron también a las ciudades (entre los trabajadores de los oficios y las oligarquías urbanas), si bien las ciudades tenían un fuerte componente campesino. Por fin, los conflictos entre grupos de inspiración religiosa distinta (movimientos antijudaicos, anticonversos) no tenían sino la misma motivación de fondo: la social.

En la Castilla de los siglos XIV y XV, eminentemente agraria, los campesinos fueron el soporte fundamental de la sociedad: de la Iglesia a través de los diezmos; de los señores con las cargas señoriales, los vasalláticos y jurisdiccionales; y de la Corona en gran parte. Son importantes estas



páginas que dedica el profesor Valdeón a la descripción de las condiciones de vida campesina, de mera subsistencia cuando no de penuria al más mínimo pedrisco, guerra, mala cosecha o peste. En este período la nobleza, consciente de los peligros que le amenazan como a tal clase a causa de una serie de factores, tales como la caída de las rentas, los conflictos entre ellos y el poder regio y el deterioro de los linajes familiares, libra una batalla de la que consigue salir triunfante. La oportunidad histórica para la nobleza iba a ser la rebelión de Enrique de Trastámara contra Pedro I. La victoria de la nobleza se hizo a costa del mundo campesino, buena parte del cual pasaría del ámbito real al señorial, mucho más arbitrario y abusivo. Este hecho provoca conflictos importantes. El profesor Valdeón, al tratar este punto, advierte que no hay que deducir de las revueltas la existencia de un sentido de clase coherente y homogéneo, ni de un contenido revolucionario, ya que en muchas ocasiones, en buena parte de las revueltas, la reacción contra los señores se hacía en función de viejas tradiciones, del prestigio de tiempos pasados. La institución a través de la cual se organizaron los campesinos fue el concejo; junto a los campesinos actuaban miembros de la pequeña nobleza, artesanos y pequeños comerciantes, clero rural... Así, en las revueltas antiseñoriales de Agreda, Sepúlveda, Benavente, Trujillo. Hubo movimientos antiseñoriales urbanos como el de Palencia en 1371 o el de Santiago en 1371. ¿Cómo integrar

en este proceso las luchas entre los nobles y el poder real? El profesor Valdeón no comparte la tesis según la cual esta lucha constituye el eje de la historia de Castilla, aunque tampoco pueda minimizarse. En definitiva, el conflicto se resolvió en favor de ambos poderes en la doble dirección de fortalecimiento de la institución monárquica y engrandecimiento sin precedentes de la nobleza feudal. Pero hay un factor más: la población judía, nunca asimilada, aunque tolerada durante grandes períodos. El antijudaísmo, basado en una motivación ideológica, se acrecienta en épocas de crisis económica y social hasta convertirse en un auténtico conflicto social. El mecanismo desencadenado hasta culminar en los progroms se explica a partir de una desviación del odio de los campesinos. El antisemitismo es aprovechado y dirigido por otras clases para conseguir otros objetivos.

Tales temas no le permiten al lector una lectura distanciada, sino que constantemente le reconducen al tema central, agónico, de nuestra historia, a la configuración ya inicial de las dos Españas. Hemos traspasado ya el umbral del enigma. ■ C. ALONSO DE LOS RIOS.

LA «POLITICA HIDRAULICA» DE COSTA

El Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos ha iniciado la publicación de una colección de libros titulada «Ciencias, Humanidades e Ingeniería». El número uno aborda un tema clásico en nuestra historia contemporánea: la **política hidráulica**. Se recogen aquí una serie de trabajos de **Joaquín Costa**, editados en libro en 1911, año de su muerte, y reeditados ahora de nuevo, con un apéndice que lleva treinta y un documentos de Costa (en su mayoría cartas a su amigo don Mariano Molina) y notas de Fernando Sáenz Ridruejo.

El tema de la política hidráulica estaba en el ambiente, pero más en las palabras y en los papeles que en los hechos. Mucho se hablaba de canales y de riegos, mas poco se regaba. Los canales, los riegos, los panta-

LA REFLEXION COMO VIA REVOLUCIONARIA

Cuba fue el detonador. Contra todo pronóstico, la Revolución, allí, había triunfado. Después, las explosiones zigzaguean vertiginosamente hasta llegar al sur: es la historia reciente de Colombia, Guatemala, Venezuela, Brasil, Uruguay, Argentina, Perú, Bolivia, Chile. Todo un Continente vibra, pero el éxito no se repite y, tras las explosiones en cadena, la muerte va sembrando de mártires un camino que se ofrecía difícil, pero esperanzado.

Con una prosa vehemente, Régis Debray, participe en el protagonismo de esta lucha, asume en «La crítica de las armas»¹ una triple tarea: como revolucionario, esta vez con la pluma como arma, cree que ha llegado el momento de la reflexión, al hilo de la cual va tejiendo una crítica lúcida de aquellos acontecimientos —de la que él no está excluido— en busca de una teoría general válida para el Continente. Teoría que ofrece, tanto a los militantes latinoamericanos, con la esperanza de que un análisis sobre los hechos ocurridos sea útil para una estrategia futura que la ley de la historia propone como necesaria, como al amplio auditorio que siguió aquellos acontecimientos y que, desde una perspectiva distanciada, juzga como una aventura de locos unos hechos que, en su contexto, tienen un sentido, aunque su fracaso parezca desmentirlo.

Labor ingrata si las hay, pero necesaria, la asumida por Régis Debray en este libro, pues con obras de este tipo se corre el riesgo de disgustar a muchos y de ser objeto de la crítica por parte de todos. Realidad, sin embargo, que él no ignora, pero que no le impide seguir adelante.

Para explicar la realidad actual, Debray se remonta a los antecedentes históricos por los que la América Latina ha atravesado en la génesis y desarrollo del pensamiento revolucionario que, siguiendo pautas inter-

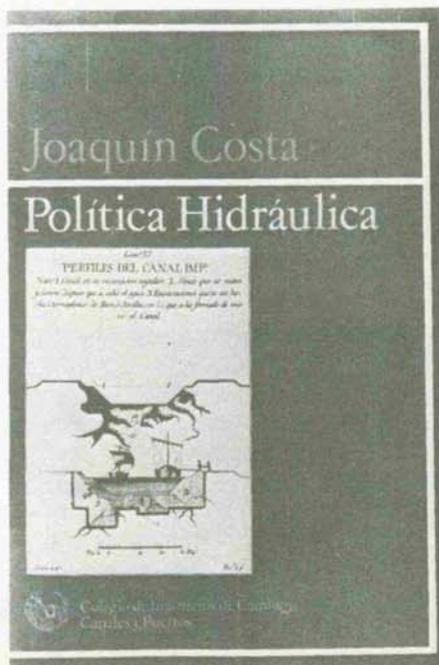
¹ Siglo XXI de España Editores. Madrid, 1975. 291 págs. La segunda parte de este libro será publicada en fecha muy próxima por la misma editorial, bajo el título «Las pruebas de fuego».

nos, existían en las palabras y estaban ausentes de las tierras. Eran, como Costa señalaba entonces, «canales parlamentarios, pantanos electorales»... Y lo hacía en una entrevista que le hiciera **El Globo**, el 15 de febrero de 1903, que reconocía en la entradilla editorial la paternidad del tema de la política hidráulica a Joaquín Costa («primero y principal mantenedor de esa aspiración de vida que, por antonomasia, se ha denominado política hidráulica»). El diario madrileño, del que por entonces era redactor jefe Pío Baroja, dedicaba cierta atención al tema. «De política hidráulica», precisamente, se titularon varias crónicas sin firma que Baroja publicó allí como enviado especial a Jerez de la Frontera, cuando el pueblo recibió la visita de Rafael Gasset con motivo de la creación del pantano de Guadalcacín¹. Y en un artículo publicado poco antes hablará de diversas clases de políticos «nuevos, viejos, hidráulicos, hidrófobos»...². Gasset, ministro de Agricultura, con Silvela a principios de siglo, fue émulo de Costa en su política hidráulica y fue, también, hombre de rasgos «regeneracionistas», al menos en el sentido del manifiesto del general Polavieja, del que fue lector en el Congreso. Más exigente era el regeneracionismo de Costa, que pedía cambios de mayor profundidad, pero que también acabó siendo anulado por el sistema. Esta entrevista que hemos citado (capítulo X de la presente edición) es de gran interés para conocer el pensamiento de Costa y su desencanto a la altura de 1903, cuando fracasaba su intento de hacer una política de clases medias frente a la todopoderosa oligarquía, por él denunciada. Al final de la entrevista dirá sobre los políticos «nos los sabemos todos de memoria» (y en defensa de esta opinión iba el artículo de Baroja), dirá que ha fracasado el poder moderador de la dinastía y dirá, finalmente, con énfasis: «¡También las clases neutras han fracasado!» Por lo que concluye: «se ha hecho precisa, desgraciadamente, una revolución desde abajo: lo primero para que abra camino a la revolución de arriba, desbrozándose de obstáculos, y luego para que renueve el personal gobernante de los últimos veinti-

nove años» (es decir, de la Restauración).

En los catorce capítulos del libro es constante la presencia de Aragón. Constante y lógica, puesto que Costa nació en Monzón y vivió al principio y al final de su vida en Graus. Por otra parte, pocas tierras como las aragonesas para servir de ejemplo vivo (o muerto) a la política hidráulica. Cuando habla de la misión social de los riegos en España y defiende la trascendencia socioeconómica del desarrollo de los alumbramientos y depósitos de agua, escribe: «comparad el plano de Violada o el desierto de Calanda con las campañas de Híjar o de Zaragoza, en la estepa aragonesa». El estilo de Costa es a veces erudito, a veces de visionario, que parece calentado por ese sol sin esperanza que en agosto quema la estepa, a veces sarcástico, irónico, desesperanzado también... En un acto de la Cámara Agrícola del Alto Aragón, de la que era presidente, dirá: «Hace ocho años se cumplió el primer centenario del proyecto del canal de la Litera. El cielo festejó la solemnidad, de una manera espléndida, inaugurando un periodo de sequía, que sólo ha durado siete años: ¿entiende la Litera lo que con esto ha querido enseñarle el cielo? El Gobierno celebró también el centenario otorgando una nueva concesión subvencionada con el 40 por 100 del presupuesto de las obras, la cual ha vivido lo mismo que su hermana la sequía, siete años, y ha concluido sin construir ni un solo metro de canal.»

■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.



¹ Recogido por Manuel Longares en «Pío Baroja. Escritos de juventud». Edicusa, 1972.

² Recogido en «Hojas sueltas». Caro Raggio Editor, Madrid, 1973.